
EL OIDOR MON Y VELARDE

REGENERADOR DE ANTIOQUIA

TULIO OSPINA

1900

EL OIDOR MON Y VELARDE REGENERADOR DE ANTIOQUIA

*Lo más noble, á la vez que las más útil
de las curiosidades humanas, es el deseo
de conocer el pasado tal como fué.*

RENAN

La aspiración al progreso es el instinto de la propia conservación de los pueblos; y los que no hacen esfuerzos colectivos por mejorar de condición y engrandecerse, dan con ello muestras de alarmante degeneración. Esto es lo que pasa actualmente en Colombia, donde parece que todos juzgamos á nuestra Patria incapaz de progresar, y hemos olvidado hasta los medios empleados por otras naciones para alcanzar este fin.

Muchos son los elementos que concurren al adelanto de un pueblo; pero todos dependen, directa ó indirectamente, de una buena administración pública. Ningún ejemplo tan interesante á este respecto como el que existe en nuestro propio suelo, donde, gracias al impulso atinado de un gobernante sabio y previsor, el pueblo más pobre, atrasado é ignorante de todo el país, como lo era el antioqueño á fines del siglo pasado, entró de lleno por el camino del progreso y se ha convertido en una entidad culta, viril, y relativamente rica y poderosa. Ese hombre, cuya acción civilizadora permanece olvidada, es el Oidor D. Juan Antonio Mon y Velarde Cienfuegos y Valladares, que desde 1785 hasta 1789, inclusive, gobernó como Visitador lo que entonces se llamaba la Provincia de Antioquia.

Si el estudio que vamos á hacer de su gobierno no contribuye á recordar á todos los colombianos los medios de conquistar la prosperidad nacional, si será parte á mostrar á los antioqueños, poniéndoles de presente lo que han hecho en un siglo, partiendo de la más depresiva condición, á cuánto pueden aspirar con los elementos de que hoy disponen, si perseveran en el camino que la experiencia les ha trazado.

Muchos se sorprenderán de que en momentos en que sólo se habla en el país de degeneración y decadencia, pensemos nosotros en el engrandecimiento de Colombia, ó cuando menos de Antioquia; pero ¿hubo jamás pueblo alguno demasiado decaído para aspirar, no á la prosperidad relativa que nosotros pretendemos, sino aun al predominio absoluto, si sabe perseguir sus ideales con firmeza y acierto? Para contestar negativamente esta pregunta basta consultar la Historia y ver por qué períodos de depresión han

pasado las naciones hoy más civilizadas: ese pueblo inglés que á fuerza de orden y previsión, de perseverancia y unidad de propósitos, se ha ahecho bastante poderoso para imponerse al orbe entero, era, en tiempo de César, tan pobre, tan ruín y miserable, que este caudillo lo juzgó indigno de la conquista; y así permaneció hasta hace algunos siglos. pero no debemos olvidar que ni los pueblos ni los individuos alcanzarán su propio engrandecimiento si no lo buscan de propósito.

I

Desde mediados del siglo XVI establecidas en la hoyas hidrográficas del Cauca y el Nechí las ciudades de Antioquia, Arma, Cáceres, Zaragoza y Remedios, de donde debía derivarse el que hoy se llama pueblo antioqueño. Una población indígena se mas de seiscientas mil almas, equivalentes á cierto veinte mil indios de trabajo (*de macana y de mina*, como entonces decían), fué entregada en sus términos á los crueles encomenderos, que teniéndola en menos que á sus caballos y sus perros, se dieron á convertirla en oro, haciendo trabajar á los indios en las minas hasta morir de las enfermedades inherentes á los malos climas donde éstas se encontraban, reagravadas por el exceso de fatiga y una alimentación deficiente; y sin permitirles subvenir á las necesidades de sus familias.

Grande fué la prosperidad en los primeros tiempos. El oro se hallaba casi al sol en aventaderos, y los indios lo sacaban sin más remuneración que un almud de maíz por semana, arrebatado por sus amos á los inhábiles para aquellos trabajos. Se improvisaron fortunas; pero el consistir éstas en materia de tan fácil transporte como el oro, y el hallarse las ciudades antioqueñas en valles ardientes y malsanos, fueron parte á que sus dueños pasasen á gozar de aquéllas en España y el Nuevo Reino, donde se disfrutaba de clima benigno y de todas las comodidades de la vida. La tierra que tales riquezas producía, iba quedando cada día más pobre y desolada.

Por otra parte, los conquistadores, con su codicia imprevisora, mataron la gallina de los huevos de oro; y al fin no encontraron naturales para reemplazar los que morían en las minas, ni cazándolos con galgos en los montes. Al cabo de cincuenta años, de los ciento veinte mil indios de labor quedaban sólo mil quinientos¹; y como sus familias, llamadas con insultante desprecio *la chusma* en los documentos oficiales, privadas de apoyo y de sustento, perecían en la misma proporción, víctimas de las viruelas y otras enfermedades

¹ Relación de la visita del Oidor Herrera Campuzano, en 1616

desconocidas hasta entonces, hay que reconocer con horror que en ese medio siglo fueron sacrificadas por la sordidez más odiosa, medio millón de personas en esta sola Provincia.

Los mineros ya enriquecidos abandonaron el campo; y aquellos cuya ambición no había sido satisfecha emplearon todos sus recursos en traer de Cartagena, emporio del comercio negrero, de tres á cuatro mil negros esclavos, que aunque resistían mejor el clima de los valles ardientes, no estaban del todo exentos de los ataques del paludismo.

Entretando iban escaseando las minas de fácil laboreo cercanas á las poblaciones, y fué preciso buscarlas en lugares remotos, donde era muy costosa la provisión de víveres. Como estas circunstancias exigían mayor número de brazos, porque ya no había á quien quitar el sustento para alimentar las cuadrillas, la introducción de esclavos fué insuficiente para poner valla á la creciente decadencia de la Provincia, y se estableció un círculo vicioso: las minas no producían por falta de esclavos; y se carecía de esclavos porque las minas no daban para comprarlos.

En el transcurso de un siglo fue aumentando la población criolla. aclimatada y obligada por la necesidad á trabajar; pero difícilmente encontraba en qué emplearse, porque ya para entonces estaban agotados los veneros fácilmente elaborables y esas nuevas generaciones habían perdido hasta la tradición de las grandes explotaciones: no había para éstas ni capitales, ni empresarios de industria, ni conocimientos suficientes. Las circunstancias cambiaron, y el escollo vino á ser la falta de empleo para los brazos ociosos. Desde 1663, decía en informe oficial el General D. Gonzalo Rodríguez de Monroy: "En Antioquia se han agotado las minas importantes, y sólo quedan algunas *quebradas* muy cargadas, á veinte y treinta leguas de los centros de población. *Los indios de labor se hallan reducidos á sesenta en toda la Provincia*, y con motivo de cuatro años de escasez han muerto de hambre muchos esclavos. "Y esa decadencia iba en aumento constante: el oficio que el Gobernador D. Antonio Manso Maldonado dirige al Virrey en 1729, pidiendo auxilios para poner las minas en labor, termina con estas lastimeras palabras: "Hágalo V. M. así para bien de esta Provincia, ya en los últimos términos de aniquilarse"; y el Gobernador Silvestre, cincuenta y cuatro años más tarde, se expresa en término más afflictivos, si es posible: "Esta Provincia, se advierte", decía "con lastimera compasión del que la ve y conoce, casi en las últimas agonías de su ruina".

A semejante situación contribuían, además de las circunstancias apuntadas, un sistema pésimo de administración, y una organización social defectuosísima.

De los pechos, tributos y alcabalas, diezmos, quintos y novenos, derechos de fundición, de bulas y de indultos, monopolios, zizas y averías con que se gravaba inconsideradamente á las personas y á cuanto se importaba, producía ó consumía en la Provincia, nada se gastaba en beneficio de ésta. Los cargos municipales y concejiles, y muchos de los fiscales, lejos de ser remunerados, se vendían en pública subasta y

los que así los adquirían tenían forzosamente que considerarlos, si eran forasteros venidos en busca de fortuna, como una fuente de proventos indebidos; y si cándidos criollos, como el medio de satisfacer la pueril vanidad de aquellos tiempos, exigiendo de sus compatriotas venias y besamanos, y presentándose flamantes de brocados y alamares en las solemnidades públicas.

Por mucho tiempo las ciudades no tuvieron más rentas que las que derivan de sus propios ó ejidos, que apenas alcanzaban para las fiestas de los santos patronos, y los regocijos con que se celebraran todos los natalicios, matrimonios y cumpleaños de la familia real; deber y objeto primordiales, en el quijotesco sentir de aquellos tiempos, de todas las autoridades é instituciones públicas. Un vano culto externo y alardosa adhesión al Rey era cuanto se exigía de un “leal vasallo y cristiano viejo” que es tanto como decir en nuestros días de “un buen ciudadano” Ciencia, filosofía, piedad ilustrada, espíritu público, genio industrial, aspiración al progreso, eran para nuestros abuelos palabras vanas, por no decir desconocidas.

Preciso es confesar que las cosas no andaban del mismo modo en todas las colonias hispanoamericanas, y así se explica el progreso relativo de muchas otras secciones.

II

Esta es la historia del aniquilamiento de Antioquia en los dos primeros siglos de la colonia. Tratemos ahora de formar un concepto exacto de su situación en el año de 1784, cuando el Gobernador Silvestre, desesperado por las dificultades que hallaba en su administración, y principalmente por los desmanes y calumnias de los Oficiales Reales de Antioquia, pidió á la Audiencia un Visitador; y ésta envió á D. Juan Antonio Mon y Velarde, decano de sus Oidores y Doctor en ambos Derechos, cuyas dotes se había hecho patentes en los cargos de Director general de Obras Públicas en la Nueva España y de Inspector de las Salinas de Zipaquirá, y del Real Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en Santafé. Entre los datos que al efecto aduciremos, tomados de documentos auténticos, y la mayor parte inéditos, no omitiremos algunos al parecer insignificantes, porque tratándose de una época tan desconocida de nuestra historia social, hasta los hechos más pequeños adquieren interés.

Las poblaciones primitivas, cuya opulencia fué famosa en todas las Américas, estaban poco menos que destruídas: “Remedios se hallaba en el último término de miseria y pobreza, pues apenas había un vecino honrado que pudiera contar con lo preciso para manutención y decencia” ¹, y sólo una de sus minas se

¹ Informe del Teniente de Gobernador D. José de Casasola.

trabajaba con cuadrilla; Zaragoza constaba de cuarenta y cinco ranchos, y sus pocos habitantes vivían dispersos por los montes; Cáceres sólo tenía treinta vecinos, de ellos cinco blancos.² Hasta la capital, antes tan floreciente, reconocía la primacía á Medellín, villa de reciente fundación. “De Arma sólo quedaba el nombre”.³

Mas no eran sólo pobreza y atraso lo que había en la Provincia: la hambre, la más negra de las calamidades, se había hecho crónica en ella. Como ninguno de los conquistadores y pobladores se había consagrado formalmente á la agricultura, cuyos resultados tardíos los habrían arraigado en tierra tan ingrata, no se introdujo con la conquista mejora alguna en los sistemas de cultivo de los aborígenes: por mucho tiempo se siguió rozando con *macanas*, como si el hierro no existiera.⁴ Esto, unido á que los caminos se hallaban como los indios los tenían al tiempo de la conquista, había dado lugar á una escasez perenne de mantenimientos y á que varias hambres devastadoras diezmaran la población.

Para juzgar mejor del estado incipiente en que se hallaba la agricultura, y de las privaciones que necesariamente había de sufrir aquella población indigente, bastará saber que en la época á que venimos refiriéndonos una fanega de maíz valía en la capital de la Provincia diez castellanos de oro; una arroba de arroz, tres; una libra de cacao, dos tomines.

Las otras industrias corrían parejas con la agrícola, y su atraso era mayor que antes de la conquista, pues ya ni siquiera se tejía el *lienzo de horcón*, con que se vestían los aborígenes. No había tan sólo una mala tenería⁵; de suerte que un cuero crudo que valía cuatro reales, curtido é importado de Santafé costaba doce pesos: de aquí la carestía relativa del calzado, y la costumbre, que aún subsiste en las poblaciones retiradas, de andar descalzas hasta las personas más pudientes. “La desnudez de los vecinos era casi general y deplorable”.⁶

La población total de la Provincia, dividida en siete pueblos y veinticinco corregimientos, apenas alcanzaba á 49,446 habitantes, la décima parte esclavos⁷; y en su mayor parte era tan pobre, que rara vez se comía carne, porque el precio de \$2 arroba (que era éste el único alimento relativamente barato) parecía exorbitante. En consecuencia, se mataba poquísimo ganado y el sebo no alcanzaba para el ruin alumbrado de los vecinos, muchos de los cuales no encendían nunca una vela en su casa y se alumbraban con granos

² Informe del Gobernador Silvestre, sobre la apertura de un caminos al puerto de Espiritu Santo.

³ Relación del estado de la Provincia al entrar á gobernarla D. Cayetano Buelta Lorenzana.

⁴ Además de las pruebas directas que tenemos de este hecho, podemos aducir el uso del verbo macanear, por adquirir con impropio trabajo, provincialismo que aún se emplea entre nosotros.

⁵ La primera tenería la estableció en la Ladera, D. Francisco González, el año de 1798.

⁶ Informe enviado al Virrey, en 1783, por los Oficiales Reales de Antioquia, D. Francisco Visadías y D. Andrés Pardo.

⁷ Censo oficial del año de 1778

de huiguerilla ensartados en varillas de caña. Muchas personas, faltas de ocupación, trabajaban gustosas por los alimentos.

La riqueza de toda la Gobernación se estimaba en \$ 2.700,000, en 1778 ⁸, y consistía principalmente en esclavos; porque las minas, haciendas, casas y demás propiedades raíces, como eran improductivas no valían casi nada. La mejor casa de la plaza de Medellín se vendía por \$ 2,000; y los inmensos terrenos de D. Antonio de Quintana, que comprendían casi totalmente los actuales Distritos de Carolina y Angostura, y gran parte de los de Yarumal y Santa Rosa, fueron justipreciados, en 1770, en \$ 327.

En fin, “esta Provincia, por su despoblación, miseria y falta de cultura, sólo era de compararse con las de Africa”.⁹

III

No se necesita gran perspicacia para vislumbrar en el fondo de semejante situación una administración pública sobre desgredada, corrompida. En efecto, desde que la Provincia dejó de ser productiva para las Cajas Reales y las Rentas eclesiásticas, se la relegó al olvido, como cosa perdida; y cuando el Sr. Mon vino á gobernarla, hacía ciento setenta años que, contraviniendo las saludables disposiciones de las Leyes de Indias, se habían suspendido en ellas las residencias y visitas trienales; y había corrido cuarenta y tres sin que los Obispos de Popayán se dignaran visitar esta parte de su Diócesis. De este modo quedaban sin sanción ni correctivo los vicios de las dos clases dominantes de la sociedad.

Existía ya la costumbre de enviar de la capital á las Provincias funcionarios ineptos, satélites de los que allá gobernaban, que se cuidaban poquísimos del bienestar de las secciones, á las cuales ningún lazo los ligaba, y que no traían otras miras que las sacar el vientre de mal año. Casi no hubo un empleado de manejo (forasteros todos ellos, para honor de nuestro pueblo) á quien no tuviera que remover el Sr. Mon. El Oficial Mayor de Hacienda D. Francisco Visadías y el Tesorero D. Tomás Pardo, ambos peninsulares, defraudaban

⁸ Esta suma se dividía así, entre los siete pueblos y sus respectivos corregimientos:

Antioquia.....	\$1.500,000
Medellin.....	\$ 800,000
Remedios.....	\$ 180,000
Zaragoza.....	\$ 120,000
Marinilla.....	\$ 60,000
Arma y Rionegro.....	\$ 20,000
Cáceres.....	\$ 20,000

(*Razón individual de la Provincia de Antioquia*, rendida el 2 de Marzo de 1778, por el Gobernador Don Juan Jerónimo de Enciso)

⁹ Informe enviado al Virrey en 1783, por los Oficiales Reales de Antioquia.

escandalosamente las rentas públicas; y no les iba en zaga el Administrador de éstas en Rionegro, D. Pedro Biturro, que resultó complicado en el escalamiento y robo de la casa de D. Ignacio Moyano. El de Medellín, un mocito español del séquito del Virrey La Cerda, se había robado \$ 10,000 de los fondos que manejaba. Igual cosa pasaba en las otras poblaciones; y los Recaudadores de Hacienda de Yolombó y Zaragoza fueron convictos de concusión; en tanto que el de Remedios hubo de ocurrir á la fuga, para librarse del castigo por el mismo delito.

Los Cabildos, que en aquel tiempo eran las entidades más importantes, carecían de Ordenanzas que determinasen sus funciones y limitasen su poder. “Por más de un siglo” dice Mon y Velarde, “ha permanecido Medellín sin más Ordenanzas para su gobierno que el incierto y arbitrario capricho de los que han gobernado”. Lo propio sucedía en Antioquia y en otros lugares importantes. En una palabra, la arbitrariedad, el peculado y el desorden reinaban dondequiera; la justicia se vendía al mejor postor.

Todos aquellos delitos permanecían impunes, pues los pocos sumarios que se iniciaban desaparecían de los juzgados, ya por interés particular de los Jueces y sus allegados, ya por soborno de los escribanos; porque, según lo dice el mismo Sr. Mon, “pocos hombres de bien habían servido estos ministerios en la Provincia”.

El desgobierno engendra siempre la rebelión, y Antioquia no era por cierto la excepción de esta regla. Desde Agosto de 1781, hasta muy entrado el año de 82, los cultivadores de tabaco agitaron la Provincia, irritados por la manera injusta y violenta como se había establecido el monopolio; y llegaron hasta intentar poner fuego á Rionegro y saquear las Cajas Reales de Antioquia. Poco tiempo antes, movimientos tumultuarios, semejantes por su causa y tendencias á los comuneros del Socorro, y promovidos por la influyente familia de Jaramillo, tuvieron lugar en los minerales de *La Mosca*, donde llegaron á juntarse hasta cuatrocientos hombres; y los esclavos de toda la Gobernación, encabezados desde Antioquia por el negro Zamarra, fraguaron un complot para alzarse, y repartirse los bienes de sus amos. Hasta los indios Chocoes habían llevado sus depredaciones á tres leguas de distancia de la capital ¹⁰.

IV

Lo primero que hizo el Visitador al encargarse del Gobierno fué restablecer el orden público y depurar la administración, de acuerdo con las siguientes máximas políticas, que son de su docta pluma: “Es la buena

¹⁰ Informe enviado al Virrey, en 1783, por los Oficiales Reales de Antioquia.

administración uno de los mayores bienes que pueden gozar los pueblos, haciéndolos felices: de este principio nace la quietud pública, por el respeto á los superiores y el amor á los soberanos. En tanto que cumpliendo cada cual los deberes propios de su obligación, guarda á sus conciudadanos el respeto y las consideraciones que á cada uno corresponden". Fiel á tales principios, al mismo tiempo que sometió á juicio á veintidos de los cabecillas de motines, desplegó la mayor energía en el castigo de los concusionarios y malversadores. Hubo quienes hallaran excesivos los castigos que á éstos les impuso; como si pudiera haber exceso de rigor con los funcionarios perjuros y desleales, que violan derechos y defraudan los caudales de los pueblos que los han honrado con la guarda de su honor, de su libertad y de su hacienda!

El peso de su brazo justiciero cayó también sobre los malos ciudadanos; y en la capital de la Provincia inició y sentenció más de cincuenta sumarios por delitos graves que permanecían impunes; en tanto que en las otras poblaciones las Justicias, movidas por su ejemplo y sus apremios, procedían con igual rigor.

Como hábil político que era el Sr. Mon, antes de llevar á cabo reformas fundamentales de carácter legislativo, quiso oír la opinión pública, y al efecto consultó a los Cabildos respecto á las medidas y disposiciones que reclamaba la grave situación de la Provincia. Enterado de lo que los pueblos pedían y necesitaban, el 8 de Marzo de 1785 promulgó, en Antioquia, su *Auto de buen gobierno*, dechado de prudencia y buen sentido. Consagróse enseguida á elaborar las Ordenanzas conforme á las cuales debían los Cabildos gobernar á los pueblos: las de Medellín constaron de doscientos artículos.

Organizó desde el principio las tres rentas que hoy mismo constituyen la substancia de nuestro sistema tributario, el mejor del país, á saber: las de aguardiente, degüello y tabaco; y lo hizo con tal acierto que la última, que antes de su advenimiento apenas producía \$ 28,000 anuales, se elevó á más de \$ 100,000 en 1786; y el ingreso total á las arcas reales, que difícilmente llegaba á \$ 50,000 anuales en tiempo de su antecesor ², excedió de \$ 200,000 en 1789. Lo que más contribuyó á tan satisfactorio resultado fué el haber extirpado el abuso, que en nuestros días se ha tratado de revivir, de rematar las rentas de Bogotá, para favorecer con ellas á los agiotistas y mercenarios políticos.

Todo lo había invadido la corrupción y el desorden; y entre los tropiezos que embarazaban la administración no era el menor la intrusión de una parte del Clero, cuyo miembros eran las personas más ricas de la Provincia, en asuntos que no le incumbían, ya sentenciado en causas que no eran de su fuero, ó desautorizando á los funcionarios civiles que no se le mostraban complacientes; ya impidiendo el establecimiento de los estancos de aguardiente y de tabaco, para seguir explotando exclusivamente esos ramos. Al mismo tiempo eran frecuentes los fraudes, por parte de los párrocos, á las rentas eclesiásticas, y el

² Descripción del Nuevo Reino de Santafé de Bogotá, por D. Francisco Silvestre, Secretario del Virreinato, y exGobernador de Antioquia.

cobro de obvenciones indebidas. El Visitador, en su carácter de Agente del Patronato Real, puso término á tales abusos y promovió, como remedio eficaz á los males que en lo eclesiástico afligían á la Provincia, la creación de la Diócesis de Antioquia, que aunque muy posterior á su gobierno, se debió en gran parte á sus esfuerzos.

Mas no crean, por su rigor con los malos sacerdotes, que el Sr. Mon y Velarde era enemigo del Clero ó indiferente en materia de religión. He aquí lo que á ese respecto escribía el Dr. José Jerónimo de la Calle, jefe de misiones promovidas por él: "Era cosa de alabar á Dios ver que el tal Visitador, luego que se desocupaba de los asuntos de la visita, mientras los clérigos confesaban dentro de la iglesia, sentado en un poyo del altozano, ensañaba la doctrina á aquellas pobres gentes.

Complementó el Sr. Mon su labor en lo político y administrativo organizando el trabajo en las Oficinas públicas, que de ordinario sólo se abrían unas pocas horas diariamente y solían permanecer cerradas meses enteros; y recogiendo y catalogando los archivos, para los cuales, lo mismo que para las escribanías, hizo construir edificios especiales.

V

La miseria, que se hallaba en la triste condición que hemos descrito, al extremo de no trabajarse ya ni una mina de veta y de no haber entre las de aluvión una siquiera capaz de producir \$ 2,000 anuales ³, recibió especiales cuidados de aquel ilustre magistrado. Era causa principal de la decadencia de esa industria el no existir más legislación sobre la materia que las ordenanzas promulgadas por D. Gaspar de Rodas en 1587, semillero de pleitos, por ser ya del todo inadecuadas. Para hacer el Visitador las muy prácticas y sensatas con las que las reemplazó, se trasladó en Agosto de 1786 á las minas de San Pedro, donde estudió prácticamente la cuestión. Lección preciosa de nuestros legisladores, que andan siempre inmiscuyéndose en asuntos que ignoran, con detrimento de los intereses públicos. Dígalo si no nuestra maltrecha y remendada legislación minera.

Dos grandes rémoras de la industria minera remediaron las nuevas Ordenanzas, elogiadas por Mutis y Delúyar, á cuyo estudio las sometió la Real Audiencia: la facilidad con que algunas personas se apropiaban vastos territorios minerales que no alcanzaban á explotar; y el estar sometidos los asuntos de minas á las autoridades comunes, legas en la materia.

³ Informe del Sr. Mon y Velarde á la Comisión Botánica.

VI

Pero á ningún ramo consagró su atención el Sr. Mon y Velarde como á la agricultura, y ninguno, como lo dejamos demostrado, la reclamaba con más urgencia. En Rionegro, Medellín y Antioquia organizó las *Juntas de Agricultura*, compuestas de los más altos funcionarios públicos, y un diputado (que debía ser agricultor) por cada uno de los partidos rurales. Estas Juntas se reunían mensualmente, y tenían por objeto propender el mejoramiento de la industria agrícola en general, fomentar el uso del arado, introducir semillas nuevas y discernir premios por los progresos alcanzados en este ramo.

Introdujo á su costa y repartió, el S. Visitador, las primeras semillas de anís, estableciendo un premio anual de su pecurio para la persona que lo cultivara en mayor escala; y al mismo tiempo decretó gratificaciones de 25 y 12 pesos, respectivamente, por la siembra y cultivo de cada centenar de cacao y algodoueros. De entonces data el cultivo en grande del cacao en la antigua capital de la Provincia y sus alrededores, fuente de grandes fortunas, hasta que un parásito destruyó las plantaciones, á mediados del presente siglo.

Con el fin de prevenir los estragos de la hambre, ordenó la fundación de graneros públicos en lugares adecuados, donde se almacenaba el sobrante de las cosechas en los años de abundancia.

A pesar de su importancia indiscutible, no fueron éstas sus medidas más fecundas en beneficio de la agricultura. Comprendiendo la necesidad de cultivar tierras superiores á las yá agotadas que rodeaban las viejas poblaciones, ordenó la fundación de los pueblos agrícolas de San Luis de Góngora (hoy Yarumal), Carolina, San Antonio del Infante (hoy Don Matías), San Carlos y Amagá; é hizo reunir en caseríos á los vecinos dispersos de San Pedro y Santa Bárbara. Con esto se proponía, á la vez que desarrollar los recursos de la Provincia, dar ocupación á los brazos ociosos, y acabar con la mendicidad y la vagancia. En consecuencia, envió á las nuevas poblaciones á todos los mendigos hábiles, dotándolos de tierras y herramientas; y ordenó que los vagos que no tomarán el mismo camino salieran de la Provincia en el término de ocho días.

La fundación de colonias agrícolas abrió el camino de la prosperidad al pueblo antioqueño. Hasta aquella época sólo se había fundado mezquinas colonias en territorios mineros, estériles por naturaleza, donde la carestía de los víveres consumía el producto de las minas. El minero no se apega á la tierra ni le hace mejoras permanentes: está siempre de paso porque teme que los veneros se agoten ó se empobrezcan; por eso nuestros pueblos mineros han sido y son todavía los más pobres y desaliñados. Lo contrario sucede en los pueblos agricultores.

Cuando los antioqueños vieron que la agricultura, gracias á las mejoras introducidas, era una industria lucrativa, y que los mendigos y vagos, con quienes se fundaron en su mayor parte las nuevas poblaciones, pelechaban y se enriquecían, principió esa larga peregrinación de familias desvalidas que han hecho surgir de entre las selvas desiertas, explotaciones mineras é industriales, ricas haciendas, pueblos florecientes y opulentas ciudades; y que en un lapso relativamente corto han descuajado más de dos millones de fanegadas de bosque virgen, traspasando los límites de nuestro territorio y creando con sus esfuerzos una riqueza enorme.

No se ocultaban al regenerador de Antioquia la trascendencia, á la vez que las dificultades, de esta parte importantísima de su labor. Como muestra de su previsión y de su estilo claro y profundo, transcribiremos algunos párrafos del informe antes citado, referentes á este asunto:

“Si el procurar la buena educación de los antioqueños dentro de las mismas casas presentaba tantos obstáculos ¿cuántos no se ofrecían para excitar su desidia y abandono á fin de que en los montes incultos y despoblados procurasen sus sustento á costa de fatigas, de sudor y trabajo? De aquí se podría inferir que si las nuevas colonias *han sido la redención de Antioquia*, el conseguir su establecimiento fué obra superior á mis débiles fuerzas...

“Que gentes bizarras y amantes de su gloria, atraídas de la novedad y de la esperanza de mejorar fortuna, dejasen su domicilio abandonándose en brazos de la suerte, nada tendría de nuevo y de particular; pero que unos hombres sin costumbre de ello y bien hallados con su pobreza y desdicha, adormecidos en el regazo de la ociosidad, criados en un país donde todo se ejecuta por imitación y donde se desprecia cuanto tiene visos de novedad, hayan querido hacer casas, arrasar montes, experimentar nuevos climas, y vivir, como los más industriosos, es empresa que aún después de realizada la miro como fabulosa.

“Sólo pudo haberla facilitado la viva impresión que por todos los términos les hice concebir, desde los más grandes hasta los más pequeños, de que todos habíamos nacido para el trabajo, y que había que mirar como delincuente en la sociedad humana al que era inútil á su patria y no empleaba sus fuerzas y talentos en procurarse por sí mismo la subsistencia... Felizmente inspirada esta idea entre aquellos habitantes, despertaron de su letargo; y como quien vuelve de un profundo sueño, empezaron á pretender terrenos para fundar sus nuevas poblaciones”.

VII

La comparación entre el carácter que las líneas transcritas asignan á los antioqueños y el que hoy se les reconoce dentro y fuera del país, demuestra hasta dónde se pueden modificar la índole y las tendencias de un pueblo con buenas instituciones y una serie rara vez interrumpida de administraciones patriotas, previsoras y honradas.

En realidad, ninguno de los datos relativos al atraso de Antioquia en la época que venimos estudiando es tan sorprendente, para quien conoce su condición actual, como los que se refieren al estado moral é intelectual de sus habitantes. Ya hemos visto que los Oficiales Reales comparaban la falta de cultura del pueblo antioqueño á la de las provincias africanas. El Sr. Mon y Velarde llegó hasta calificarlo de idiota: "Es necesario conocer", decía, "la índole de estos habitantes y el idiotismo y preocupaciones de que se hallan todos poseídos, pues en este, como en los demás puntos que pueden adoptarse para la felicidad de esta Provincia, es preciso luchar con la ignorancia y total falta de instrucción que se observan en todas estas gentes, aun en aquellas que debieran ser más cultas".⁴

Más ¿qué mucho que esto sucediera, si Medellín y Antioquia, las ciudades más florecientes, carecían de escuelas de primeras letras? Difícil sería creerlo si no lo halláramos consignado en documentos oficiales. Cuando el Visitador terminó sus labores en la capital, los Regidores de la Villa de Medellín, unidos al Cura Párroco, D. Juan Salvador de Villa, pidieron al Virrey que le permitiese á áquel permanecer entre ellos siquiera seis meses, para que regenerara la administración municipal; en su solicitud se expresan en estos términos: "Proviene de este profundo letargo en que se hallan sepultados (los vecinos de Medellín) el que carezca esta República de casas de cárcel competentes, de enseñanza en que se instruya la juventud, de hospital en que se ejerza la caridad con los enfermos, de divorcio donde se encierren las petulantitas y vagamundas". En cuanto á la ciudad de Antioquia, el Gobernador Silvestre, en el informe antes citado, dice lo siguiente, al hablar de la conveniencia de fundar en ella un Seminario Conciliar: "No hay actualmente maestros de latinidad, *como tampoco de primeras letras*. por la escasez de rentas de la ciudad".

Todos los males que lamentaban los buenos Regidores de Medellín, hallaron el remedio apetecido. Mon

⁴ Razón sobrada tuvo el Señor Oidor para emitir tales conceptos, á ser cierta la siguiente anécdota que aún se conserva. En su primera visita á cierta población, entonces pequeña aldea, famosa hasta nuestros días por la calidez de sus vecinos, se alojó en una casucha compuesta de dos piezas que unía una puerta sin batientes. Instalóse el Visitador en la segunda pieza, y colgó, á guisa de cortina, una colcha, en el hueco de la puerta. Poco después vinieron las Justicias al lugar á besar la mano de su Excelencia, pero ante aquella inusitada cerradura, que no les permitía golpear discretamente, quedaron perplejos, sin atreverse á cometer el desacato de levantar la colgadura. En esto volvió de la calle un hermoso perro que acompañaba siempre al Oidor, y sin fórmula ninguna se coló por debajo de la colcha; aleccionando con esto los Honorables Concejales, fueron penetrando a gatas en la alcoba, como lo había hecho el can.

y Velarde estableció, tanto en Medellín como en Antioquia, escuelas públicas, que dotó de rentas por medio de suscripciones voluntarias; fomentó la fundación de nuestro Hospital de San Juan de Dios ⁵, modelo de los que hoy existen en casi todas las poblaciones antioqueñas; é instituyó la “Casa de Misericordia” de Medellín, para las mujeres disolutas.

Algo más alcanzó esta ciudad con la venida del Visitador: de aquella época datan la pulcritud y galanura de que tanto alardea, pues antes se hallaba enteramente desatendido lo que era el aseo, la hermosura y el decoro de la población ⁶; entonces se construyeron por primera vez los desagües subterráneos; se puso agua limpia á la ciudad, que se proveía de ella en pequeñas fuentes salobres y malsanas ⁷, se numeraron las casas y se dió nombre á las calles. En aquella misma ocasión, se dispuso la construcción del primer puente sobre el río Aburrá, se estableció el matadero público y se organizaron los gremios de artesanos, imponiendo castigos á los incumplidos y señalando solares para premio de los que más de distinguieran. Entonces, finalmente, se construyó la Casa Capitular, que la actual generación alcanzó á conocer sirviendo de Gobernación.

Ya el Sr. Visitador había hecho construir la de Antioquia, anticipando “ 2.000 de su peculio y prestando sus propias bestias para cargar los materiales. A aquella ciudad la dotó de las mismas mejoras que á Medellín, más un bellissimo paseo llamado “La Glorieta” que se conserva en parte, y la espléndida alameda que sombrea el camino del puerto del Cauca.

¡Sorprenden la actividad y previsión de aquel hombre extraordinario! Mientras que se ocupaba en los pequeños detalles que acabamos de mencionar, hizo buscar en la Provincia minerales de hierro, adivinando que este material llegaría á ser el factor más importante del progreso de los pueblos, y los envió al Virrey, en 1788. Este le constató que los minerales eran buenos; pero que se guardara de fomentar el desarrollo de la mina, porque “á Su Majestad no le convenía el incremento de esta clase de industrias en las Indias”.

⁵ En 1787 se principió la construcción de este hospital, bajo la dirección del Dr. Jerónimo de la Calle, y se abrió al servicio del público el 4 de Abril de 1797.

⁶ Informe del Sr. Mon y Velarde.

⁷ Se encargó de poner el agua en una fuente construída en la plaza principal, D. Antonio Monzón, que había venido a dirigir la Real Fábrica de Aguardientes; y como muchos de los vecinos de la Villa, en su crasa ignorancia, dudaban de que el agua pudiera subir á la columna de la pila se suscitaron tales disputas sobre el particular, que el Honorable Cabildo después de largas discusiones, y previos sesudos considerandos, resolvió que el día de la inauguración de la fuente, el negro que desempeñaba el cargo de verdugo, armado de un zurriago, mantuviese despejadas las cercanías de la fuente.

VIII

Demasiado se prolonga ya este ensayo, pero no lo terminaremos sin hacer una reseña del estado de nuestro comercio en aquella época, y de los beneficios que recibió del Sr. Mon y Velarde. El de importación se hallaba concentrado casi exclusivamente en Medellín, y consistía en géneros de España, del Nuevo Reino y de Quito. En 1755 ascendió la importación a Medellín á ciento ochenta y seis cargas de mercancías; y el 1757 se redujo á cincuenta.

Calculando otro tanto para Antioquia, Remedios y Zaragoza, y concediendo mucho al contrabando, se estima oficialmente todo nuestro comercio de importación en trecientas cincuenta cargas anuales, que á \$ 80 unas con otras, valían \$ 28.000! Todavía en 1784 la entrada á toda la Provincia, inclusive quinientas cargas de tabaco, y otro tanto de anís, cacao y harina, apenas alcanzaba á dos mil cargas anuales.⁸

El comercio de exportación consistía en el poco oro que sobraba después de deducir de \$ 260,000 que se fundían anualmente en las Cajas Reales, los derechos de quinto, fundición y marca, la cantidad necesaria para desempeñar las veces de moneda, la parte de las contribuciones que se remitía á España, lo que se enviaba al Obispo de Popayán por diezmos y cuartos, y la renta de varios propietarios de minas que vivían fuera de la Provincia.

Lastimosa es aquella estadística; pero no podía ser de otro modo, dadas las condiciones en que se hallaba el comercio. El flete de una carga de Honda ó Mompós a Medellín montaba á \$ 40, debido á que el río Magdalena se navegaba en champanes, y el camino de tierra, intransitable por cierto, era dilatadísimo, dando la vuelta por Nare, Juntas y Yolombó; el transporte de una carga desde Popayán solía valer más que la mula en que se hacía; no había otro correo regular que el de Santafé; la remisión de fondos á España costaba el 18 por cien, pagadero la mayor parte al Fisco; en fin, no se conocía la moneda cuñada, y las transacciones consistían en permutas por otros frutos y por oro en polvo, como entre los pueblos primitivos.

El Sr. Mon y Velarde instituyó la *Diputación de Comercio*⁹, que tenía por objeto fomentar éste y servir de tribunal para los asuntos mercantiles; introdujo el uso de la moneda acuñada que facilitó extraordinariamente las transacciones¹⁰; mandó abrir el camino recto á Juntas por San Carlos y Balseadero, y los que debían unir á Cáceres con el centro de la Provincia, y á Yolombó con Islitas; estableció bodegas en este puerto y el de Espíritu santo; organizó *Juntas de Caminos* en todas las cabeceras de partido; y fué el primero que empleó en la conservación de las vías públicas á los presos y presidiarios. Finalmente, envió á

⁸ Informe del Gobernador Silvestre al Virrey, sobre la apertura de un camino por Sonsón a Mariquita.

⁹ Los primeros Diputados fueron D. José María de Zuláibar y D. Francisco Ramos.

¹⁰ Decreto de 28 de Junio de 1788.

su costa sendas expediciones á explorar los caminos que pudieran unir á esta Provincia con las del Chocó y Mariquita.

Aprovechamos la ocasión para hacer constar que no fueron ésta y las otras que hemos apuntado, las únicas erogaciones que de su peculio hizo el Visitador en favor de esta tierra, pues antes de separarse de la Gobernación dejó en poder del Sr. Baraya, que vino á reemplazarle, la suma necesaria para traer dos familias de tejedores que enseñasen esta industria á los Antioqueños.

IX

Grandes fueron los desvelos y sacrificios del padre y fundador de nuestra actual prosperidad, pero hemos de reconocer que no predicaba en desierto. En medio de la corrupción oficial, de la ignorancia y la miseria que tenían aniquilada á Antioquia, algo bueno se conservaba, y esto era el carácter de sus habitantes. En él fundaba sin duda sus esperanzas el Sr. Mon y Velarde cuando en su último informe el Virrey le manifestaba, mostrando una vez más su maravillosa perspicacia, que “aquella Provincia, la más atrasada del Reino, llegaría á ser algún día la más opulenta”. Su pronóstico se ha cumplido plenamente.

En aquellos rústicos miserables, la mayor parte descendientes de campesinos vascongados y de las montañas de Burgos ¹¹, se hallaban latentes la ambición y el genio comercial semíticos de los éuscaros; y el haber tenido que disputar con ímprobo trabajo á las selvas el terreno que pisaban y á los torrentes pedregosos y caudalosos ríos el oro que les procuraba el sustento, había fortalecido sus facultades morales, robusteciendo á la vez su constitución física. La vida aislada y semibárbara que llevaban contribuyó á reforzar en ellos el espíritu digno é independiente que caracteriza á todos los montañeses; mientras que su extrema pobreza le había impuesto hábitos de economía, de orden y de frugalidad, elemento indispensables para el enriquecimiento de un pueblo. Y como suma de todas estas circunstancias felices, la familia, ese *sancta sanctorum* de las sociedades, se había conservado entre ellas sana, digna y respetada.

Una comunidad que ha sabido conservar semejantes condiciones de carácter, por atrasada que se halle, es materia disponible para hacer de ella un pueblo culto y civilizado. Por eso las diligentes labores del Sr. Mon y Velarde bastaron para poner la base de todas las prácticas, instituciones y costumbres que levantaron de la postración y caracterizan hoy al pueblo antioqueño. De revoltoso que era éste, se hizo proverbial en él el respeto á las autoridades, fundando la rectitud y eficacia de éstas; la cortedad y el

¹¹ Una curiosa selección hizo aclimatarse de preferencia y predominar, en esta tierra montañosa, las familias de aquella procedencia; y hoy casi no hay Antioqueño blanco que no tenga la mitad de su sangre de origen éuscaro.

apocamiento dejaron el campo á la altivez y dignidad de los ciudadanos, fruto del respeto nunca desmentido á sus derechos; en los que antes eran inertes y rutineros, brotaron el espíritu colonizador y el amor al trabajo, que se había hecho remunerador con el estímulo dado á las industrias; y la moralización del Clero, levantando el espíritu religioso, libre de fanatismo, fué prenda segura de sanas y arregladas costumbres. Luégo vinieron, como consecuencia natural de esta regeneración moral, el espíritu público en todas sus manifestaciones, el amor al estudio, el aseo y el decoro.

Sólo así se comprende cómo un puñado de mendigos, hace apenas un siglo, de idiotas, incapaces de apreciar sus propios intereses, pudo dar á la República, ya por los tiempos de la Independencia, su más distinguido diplomático, su mejor historiador, su guerrero más brillante, su más digno magistrado ¹²; y que de entonces para acá, los médicos, los jurisconsultos, los poetas, los publicistas, los magistrados y los industriales y artesanos antioqueños se hayan contado siempre entre los más notables del país.

El progreso y el desarrollo de este pueblo han sido extraordinarios en todas sus faces: su población insignificante á fines del siglo pasado, se han venido duplicando cada 28 años¹³, es decir, con mayor rapidez que la de los Estados Unidos, si en el aumento de ésta no se incluye la inmigración, que en nuestro caso ha sido nula; aquel comercio incipiente es hoy el más próspero y acreditado del país; donde antes de carecía de industrias se han alzado centenares de bocartes para la tributación de los minerales, grandes establecimientos metalúrgicos, vástos ingenios para el beneficio de la caña de azúcar y el café, talleres mecánicos de todo género, ferrerías y fábricas de loza, de cristal, de bujías esteáricas, de maquinaria, de ácido sulfúrico y aun de tejidos, en pequeña escala; aquellos dos millones y medio de riqueza pública se han casi centuplicado ¹⁴.

¹² Zea, José Manuel Restrepo, Córdoba y José Félix de Restrepo.

¹³ Se estima la población actual del Departamento en más de 600.000 almas; y los colonos antioqueños del Cauca y del Tolima exceden de 160,000.

¹⁴ Hace cinco años formámos el siguiente cuadro de la riqueza pública de Antioquia, basado en los mejores datos que pudimos obtener y reducidos los valores á moneda de plata de 0.835. Al total que arroja es preciso agregar \$ 22.000,000 á que asciende aproximadamente la riqueza de las colonias antioqueñas del Cauca y del Tolima:

Minas y establecimientos metalúrgicos	\$ 24.000,000
Propiedad urbana, mobiliaria, etc.	38.500,000
Mercancías	9.500,000
Moneda circulante y joyas	8.500,000
Industrias varias	5.200,000
Salinas	3.500,000
Caminos, puentes, ferrocarriles, etc.	8.500,000
Cosechas recolectadas y en vía de madurez (frutos de consumo)	7.000,000
Frutos de exportación recolectados	22.500,000
Propiedad rural	82.000,000
Riqueza total de Antioquia	\$ 211,000,000

Los buenos caminos de herradura se cruzan por todas partes; la locomotora penetra ya hasta el corazón de nuestras montañas; y centenares de millas de nuestros ríos antes ignotos y desiertos se navegan hoy por vapor. En materia de administración y de instrucción públicas, Antioquia va á la vanguardia de las otras secciones del país.

En cuanto al desarrollo que han alcanzado las facultades intelectuales y morales del pueblo antioqueño, y al papel que parece corresponderle en el porvenir, creemos decoroso dejar la palabra á una persona extraña, tan competente como imparcial, el Profesor Roethlisberger, traído expresamente de Suiza por el Gobierno de Colombia, para desempeñar varias asignaturas en la Universidad Nacional. "El Estado de Antioquia", dice en su libro titulado *El Dorado*, "que cuenta de cerca de medio millón de habitantes, posee en Colombia, la raza más vigorosa, más perseverante y hermosa; la cual, por leyes sociológicas, ejercerá con el tiempo una especie de hegemonía sobre las otras ramas, en virtud de ser también la más fuerte de cuerpo y espíritu y la de mejores costumbres... Lo que distingue al antioqueño es su aversión á ser pobre, su amor á la prosperidad; por eso suele no mostrarse belicoso, sino neutral, en las contiendas políticas; mas no por cobardía como algunos se lo increpan: sabe batirse con valor llegado al caso. Como la ciencia le ayuda á adelantar materialmente, va con gusto á la escuela, y como es inteligente, su cultura mental sobrepasa la de mayor parte de los habitantes de otros Estados: en la Universidad Nacional, casi todos los mejores talentos procedían de esta raza. El antioqueño es laborioso y frugal por añadidura..... Es el yankee de estas comarcas. Viaja continuamente; y uno encuentra familias enteras que andan buscándose, á pie, un nuevo círculo para su actividad. Los hay en toda la Unión y muchos en el extranjero..... La vida de familia es allí ejemplar: las mujeres, muy virtuosas, viven retraídas como monjas, trabajan recio y sin tregua.... En sus casas todo es limpio, si bien muy sencillo".¹⁵

Este cuadro halagüeño completa el bosquejo que nos proponíamos hacer de la obra del Oidor Mon y Velarde.

Sea esta la oportunidad de recordar á los antioqueños que la fuente de su prosperidad se halla en su carácter, y no, como se cree fuera de Antioquia, en las minas de oro, que rara vez remuneran el trabajo y el capital que en ellas se invierten. Si queremos que aquélla siga creciendo como hasta hoy, es necesario que todos cuidemos de que la tiranía y la corrupción política, que nos viene de fuera, y que nunca serán fruto

¹⁵ Todos los otros viajeros que han publicado sus opiniones respecto á los antioqueños, les reconocen, en lo general, las mismas condiciones de carácter. Recordamos, por lo pronto, á los Sres. André y Gosselmann entre los extranjeros, y á Don Enrique Cortés, Don Jorge Isaacs, Don Salvador Camacho Roldán y el General Rafael Reyes, entre los nacionales.

El profesor Dr. Fritz Regel, Enviado oficial del Gobierno Alemán en su novísima publicación "Colombia" [Biblioteca Geográfica, Tomos VI y VII], se expresa así: "Una buena semilla germina en estos colombianos, particularmente en los hábiles y pertinaces hijos de las espléndidas montañas de Antioquia, de tantas y tan buenas cualidades adornados! Desenvuélvase y crezca, y hágase más y más sólido su progreso"... "Puede asegurarse, como ya antes lo manifestamos, que Antioquia ocupa indudablemente, el primer puesto en Colombia, debido al espíritu emprendedor de sus habitantes, y al rápido crecimiento de su población".

espontáneo de esta tierra; que el lujo y el alcoholismo, que crecen entre nosotros como un cáncer amenazador, no consigan embotar la energía, y destruir las virtudes públicas y privadas de nuestro pueblo.

X

Bien se comprenderá que á innovador tan enérgico como lo fué el Sr. Mon y Velarde, no podían faltarle estímulos y enemigos. Desde luego lo fueron los funcionarios públicos que había destituido y castigado, encabezados por un D. Carlos de Piedrahíta, á quien tenía enjuiciado por calumnia y colusión. Sus quejas llegaron hasta el Ministro de Indias, Marqués de la Sonora, quien envió, en 1787, como Juez secreto de residencia, á D. Estanislao Andino, Fiscal de la Audiencia de Santa Fe. El triunfo de los enemigos de Mon parecía inminente, porque éste había tenido con Andino, siendo ambos Oidores en Guadalajara, un desacuerdo serio sobre asuntos del servicio, que lo había movido á separarse de aquel puesto; pero la justicia era demasiado clara, y el acusado quedó absuelto de todos los cargos, en tanto que Piedrahíta hubo de salir de Antioquia, desterrado por cuatro años, como calumniador.

El resultado de esta residencia llevada á cabo por un enemigo, y en época en que las multas á que se condenaba á los residenciados se partían por mitad entre el Fisco y el Juez, es el timbre más glorioso del ilustre Visitador. Cambiar lo todo, intervenir en todos los asuntos administrativos y sociales, sin las más pequeña transgresión de la leyes, es cosa que apenas se comprende en estos tiempos en que magistrados que han desatendido en absoluto sus deberes respecto á la Administración pública, no alcanzarían á pagar en el resto de su vida sus violaciones de la ley, si hubiera de castigárseles por ellas.

El gobierno español supo apreciar los méritos y servicios del Sr. Mon y Velarde y le promovió á la Presidencia de la Audiencia de Quito, donde entre otras grandes obras, construyó el famoso camino de Malbucho, que une á Ibarra con el Pacífico; y luego al honrosísimo cargo de Ministro del Supremo Concejo de Indias, desde donde su acción benéfica se habría hecho sentir en todas la colonias americanas, sino hubiera muerto en Cádiz, desgraciadamente, á los quince días de su regreso á la patria.

XI

Después de leer la anterior exposición se podrá juzgar si pecamos de ilusos al anticipar el concepto de que Colombia entraría por la vía del progreso si sus gobernantes tuvieran la energía, la actividad, la honradez, el desprendimiento, y, más que todo, la conciencia de lo que es el cumplimiento del deber, que adornaron á nuestro insigne Magistrado. Esto parece aún más evidente si se considera que los males que afligen á Colombia son los mismos que asolaron á Antioquia durante el siglo XVIII: corrupción política, desgreño administrativo, vergonzoso peculado, falta de moneda adecuada para las transacciones, y abandono de las mejoras materiales, de la instrucción pública y de todas las industrias, que lejos de fomentarse, se gravan injusta é inconsideradamente.

Nadie á lo menos, se atreverá á negar que Antioquia debe su bienestar y prosperidad al Magistrado que regeneró sus costumbres y su administración y trazó el camino que han seguido casi todos sus gobernantes de entonces para acá. Nosotros hacemos votos porque este humilde panegírico no sea el único monumento que se alce como muestra de la gratitud que por ello de debemos; y porque quede reivindicado para él el título de *Regenerador de Antioquia*, por que no es con nuevas leyes, mal avenidas con las costumbres viciosas y arraigadas, ni con efimeras combinaciones políticas, como se regenera á los pueblos; sino modificando esas costumbres, moralizando todas la clases sociales, y abriendo las fuentes de la riqueza pública, que lo son también del orden y del saber; sin confiar la fuerza y estabilidad del Gobierno al rigor de las instituciones, sino al apoyo que su rectitud y acierto sepan captarle de parte de los asociados.

XII

Quedaría incompleto este trabajo si no consignáramos aquí lo poco que sabemos del carácter y aspecto físico del Sr. Mon y Velarde.

Según la tradición, fué hombre generoso y desprendido; altivo y digno en el trato con los poderosos, más con sus inferiores afable y paternal. Se expresaba con gran facilidad, y en la conversación familiar era agudo y donairoso. A este propósito citaremos una anécdota que se refiere de él. Contábase un su amigo que cierto personaje de escaso caletre, que había venido á visitarle atraído por la fama de su ingenio, se quejaba de que ninguno hubiése revelado en la conversación. "Vamos", repuso vivamente el Oidor, "¿por ventura pretenderá ese necio que la yesca arranque chispas al eslabón?".

Era el Sr. Mon de mediana estatura; y sus facciones, aunque francas y regulares, no eran hermosas. Tenía en la cara dos berrugas que le hacían antipático á las personas que le miraban sin tratarle.

Se conserva entre nosotros un retrato de este personaje, cuyo origen es digno de referirse, tanto por su originalidad, como porque se relaciona con la energía de carácter de aquél.

Cuando partió para Quito, los vecinos de Antioquia le encargaron un Apostolado de bulto para su Iglesia Mayor. Tan pronto como llegó, con su proverbial acuosidad, encargó la obra á cierto artífice, que exigió el pago anticipado. Mas resultó que el tal era un insigne pelafustán, y que pasaban los días sin que entregase las estatuas. ¡Bueno era el Oidor para semejantes burlas!; sin pararse en pelillos, hizo encerrar en la cárcel al maula del escultor, con los materiales y utensilios para cumplir su compromiso; y tan pronto como supo que estaban concluídas las estatuas las mandó remitir á los vecinos de Antioquia, quienes, al desempacarlas, reconocieron con sorpresa, en el Judas del Apostolado, á su buen amigo el Oidor.

Medellín, 1º. de Mayo de 1900

TULIO OSPINA

FIN